



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

ESPECIALIDAD DE PSICOLOGÍA SOCIAL

**REPRESENTACIONES Y MITOS SOBRE LA VIOLENCIA SEXUAL Y SU
RELACIÓN CON EL SEXISMO AMBIVALENTE**

Tesis para optar el título de Licenciado en Psicología con mención en Psicología Social que
presenta la

Bachillera:

JANOS ERIKA

Asesor:

AGUSTÍN ESPINOSA

LIMA, 2015

Agradecimientos

A mi asesor, Agustín Espinosa, por su constante apoyo, paciencia, aliento y buen humor. A mi familia, mi madre, mi padre y mi hermano, quienes me brindaron un apoyo constante a lo largo de todo este recorrido, nada de esto hubiese sido posible sin ustedes. Gracias también a aquellos amigos que desinteresadamente me brindaron su tiempo, ayuda y ánimo en distintas partes de este proceso. Gracias a todos los que me ayudaron a alcanzar esta meta.



REPRESENTACIONES Y MITOS SOBRE LA VIOLENCIA SEXUAL Y SU RELACIÓN CON EL SEXISMO AMBIVALENTE

Resumen

El presente estudio explora la relación entre el Sexismo Ambivalente y la Aceptación de mitos sobre la violencia sexual. Para tal fin, se elaboró una primera investigación de metodología cualitativa, donde a través de entrevistas individuales, se indagó sobre las representaciones sociales relacionadas a actos de violencia sexual y los actores involucrados. Los resultados muestran la persistencia de representaciones sociales asociadas roles de género tradicionales que repercutirían en la aceptación de mitos sobre la violencia sexual. El segundo estudio se realizó bajo una metodología cuantitativa (N= 304), lo cual permitió explorar la relación entre el Sexismo Ambivalente y la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual, así como también identificar diferencias de acuerdo a variables demográficas como el sexo, nivel educativo y la edad. Los resultados indican que el Sexismo Benevolente resulta el mejor predictor para la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual. Adicionalmente, serían los hombres, las personas de mayor edad y las personas con menor nivel educativo quienes tendrían na mayor tendencia a la aceptación de mitos sobre la violencia sexual.

Palabras clave: Sexismo Ambivalente, Mitos sobre la violencia sexual, roles de género.

SEXUAL VIOLENCE REPRESENTATIONS AND MYTHS, AND HIS RELATION WITH AMBIVALENT SEXISM

Abstract

This study explores the relationship between the Ambivalent Sexism and the Sexual Violence Myths Acceptance. For this purpose, a qualitative methodology was used. The results show the persistence of social representations associated with traditional gender roles that would affect the acceptance of sexual violence myths. The second study was conducted with a quantitative methodology (N= 304), allowing to explore the relationship between the Ambivalent Sexism and the Sexual Violence Myths Acceptance, as well as identify differences according to demographic variables such as gender, education and age. The results indicate that the Benevolent Sexism is the best predictor for the acceptance of sexual violence myths. Additionally, men, older people and people with less education would be more likely to accept sexual violence myths.

Keywords: Ambivalent Sexism, sexual violence myths, gender roles.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	1
ESTUDIO 1	10
MÉTODO	10
Participantes	10
Técnicas de recolección de la información	10
Procedimiento	11
Análisis de la información	11
RESULTADOS	12
DISCUSIÓN	23
ESTUDIO 2	28
MÉTODO	28
Participantes	28
Medición	28
Procedimiento	29
Análisis de datos	30
RESULTADOS	31
DISCUSIÓN	36
DISCUSIÓN GENERAL	41
REFERENCIAS	44
APÉNDICES	53
Apéndice A: Ficha de datos Estudio 1	54
Apéndice B: Consentimiento informado Estudio 1	55
Apéndice C: Guía de entrevistas	56
Apéndice D: Ficha de datos Estudio 2.....	58
Apéndice E: Consentimiento informado Estudio 2	59
Apéndice F: Escala de aceptación de mitos sobre la violencia sexual.....	60

Los niños y niñas aprenden a representar el rol de género que se les ha designado a través de la interacción social, por lo que lo femenino, lo masculino y los comportamientos asociados al género, resultan una construcción social (Short, 1996; Eagly y Karau, 2002; Vizcarra y Guadarrama, 2006). Desde un enfoque de género, las formas de ser hombre y mujer dentro de la sociedad responden a una relación de poder entre ellos (Scott, 1990), de tal forma que la violencia sexual corresponde a un fenómeno cuyo origen se encuentra en la cultura, y en las representaciones asignadas a hombres y mujeres, las cuales resultan socialmente aceptadas (Corsi, 1994).

Así, al resultar el género una construcción social, y por tanto histórica, es posible, a partir de ello, diferenciar roles de género, tradicionales y no tradicionales. Los roles de género tradicionales parten de una relación jerárquica entre hombres y mujeres, en la que los hombres y “lo masculino” ocupan la posición dominante ante las mujeres y lo “femenino”; a este tipo de organización social se le ha denominado *sistema patriarcal*, y resulta el sistema dominante en numerosas sociedades incluyendo la peruana (Kamarae, 1992; Goldberg, 1993; Stacey, 1993; Cabral y García, 2000; Velásquez, 2003; Asiyanbola, 2005; Hirigoyen, 2006; Ramos, 2006; Fernández, 2007).

De tal forma, sistemas que fomentan la subordinación de la mujer, tal como el patriarcalismo, tienden a vincular a la mujer con dos estereotipos relacionados a los actos de violencia sexual; (1) por un lado se le ve como un ser frágil, vulnerable, pasivo, dependiente del hombre y de sus deseos; y (2) por el otro lado, se le encuentra seductora y provocativa, incitando a los hombres. Así también, existen estereotipos que muestran al hombre como un ser dominante, que además, no puede contener sus deseos e impulsos, justificando por medio

de su “naturaleza” todo acto violento que efectúe; adicionalmente se espera que el hombre sea lo suficientemente fuerte para resistirse a cualquier acto de violencia (Velázquez, 2003).

Estas valoraciones cuentan con un componente actitudinal, denominado prejuicio. El prejuicio puede definirse como una actitud negativa hacia una persona por su pertenencia a un grupo específico (Allport, 1954). Las principales formas de prejuicio han sido analizadas bajo criterios de agrupación de información como la edad, la raza y el sexo (Fiske, 1998; Stangor, 2000). De manera específica, existe un consenso en denominar el prejuicio en base a cuestiones de sexo o género, como sexismo.

En la actualidad, la expresión abierta de prejuicios suele ser sancionada socialmente, y resulta una expresión políticamente incorrecta, por lo que surgen nuevos constructos actitudinales que soportan la organización patriarcal, como el sexismo ambivalente o *neosexismo* (Masser y Abrams, 1993; Glick y Fiske, 1997). Así, el sexismo ambivalente está compuesto por dos dimensiones actitudinales coexistentes que promueven el mantenimiento de los roles y estereotipos tradicionales de género con el fin de defender una estructura social patriarcal (Glick y Fiske, 1997; García-Leiva, Palacios, Torrico y Navarro, 2007).

La primera dimensión se denomina sexismo hostil, es de corte agresivo y comprende actitudes con connotación violenta hacia las mujeres. Esta expresión abierta de hostilidad tiende a relacionarse con la atribución de la culpabilidad a la víctima en situaciones de violencia sexual. (Viki y Abrams, 2002; Abrams, Viki, Masser y Bohner, 2003).

Por otro lado, la segunda dimensión se denomina benevolente benevolente, y otorga a la mujer cualidades afectivas y altruistas complementarias al hombre, y al mismo tiempo, le atribuye una debilidad natural ante la cual el hombre debe reaccionar como protector (Glick y Fiske, 1997). Así, el Sexismo Benevolente también se asocia a la atribución de la

culpabilidad de la víctima en situaciones de violencia sexual; sin embargo, esta atribución solo se presenta en situaciones específicas como, por ejemplo, cuando la víctima no cumple con los estereotipos de género y no se le percibe como una mujer “femenina” o un hombre “masculino” (Viki y Abrams, 2002; Abrams, Viki, Masser y Bohner, 2003).

La atribución de culpabilidad a la víctima de violencia sexual ha sido explicada desde dos posturas psicossociológicas: (1) la Hipótesis de las Atribuciones Defensivas (Shaver, 1970), y (2) la Teoría del Mundo Justo (Lerner y Simmons, 1966). Ambas posturas están relacionadas a una función adaptativa, ya que permiten tener la seguridad de que situaciones negativas son resultado de errores cometidos por la víctima, o de que esta última es merecedora de las mismas. De esta manera, la persona que evalúa la situación de violencia sexual, obtiene una sensación de control ante las adversidades y las situaciones inciertas del acto de violencia sexual (Lerner y Simmons, 1966; Shaver, 1970).

A lo anterior, se le suma un factor fundamental que influye de manera decisiva en las atribuciones que se hacen frente al hecho de un acto de violencia sexual: la aceptación de mitos (Trujano y Raich, 1992; Anderson, Cooper y Okamura, 1997; Trujano y Raich, 2000; Buddie y Miller, 2001; Saldivar, Ramos y Sartijeral, 2004; Suarez y Gadalla, 2010; Eyssel y Bohner, 2011; Gerger, Kley, Bohner y Siebler, 2013). Los mitos sobre la violencia sexual pueden definirse como la aceptación de un conjunto de actitudes, estereotipos y creencias falsas acerca de la víctima, el agresor y las circunstancias relacionadas (Burt, 1980). De manera que, el mantenimiento de estos mitos favorecen las atribuciones sesgadas sobre la víctima, y terminan por crear un clima de duda y hostilidad hacia la víctima de un acto de violencia sexual (Trujano y Raich, 2000).

Estos mitos suelen ser compartidos socialmente, y por ello, es posible entenderlos como representaciones sociales. Las representaciones sociales se refieren a aquellos sistemas de valores, ideas y prácticas que contienen una doble función; (1) por un lado, establecen un orden que permite a los individuos manejarse en el mundo social, y percibir control sobre el mismo; y (2) por el otro lado, permiten la comunicación entre los miembros de una comunidad, ya que los provee de un código que permite clasificar las situaciones sin que se presenten ambigüedades (Moscovici, 1961). De esta manera, las representaciones sociales influyen en las respuestas y percepciones de actos de violencia, de manera que funcionan como conocimiento o saber, guía para el comportamiento y justificación del mismo (Jodelet, 1988).

Así, el mantenimiento del patriarcalismo resulta el sistema base que soporta la aceptación de estos mitos. Al mismo tiempo, la aceptación de los mitos sobre la violencia sexual, al igual que la aceptación del sistema patriarcal, se ha asociado con factores ideológicos, de personalidad (dada una aceptación de la violencia interpersonal), y también demográficos, como el género, la edad y el nivel de educación (Malamuth, 1983; Giacopassi y Dull, 1986; Gilmartin-Zena, 1988; Vala, Monteiro y Leyens, 1988; Trujano, 1991; Klein, Kennedy y Gorzalka, 2008; Suarez y Gadalla, 2010).

De manera que, diferentes estudios proponen que la población universitaria suele ser una población con características específicas vinculadas a una menor tendencia al mantenimiento de distintas formas de prejuicio, ya que estos suelen ser educados en favor de la tolerancia y aceptación de los otros. (Beramendi, Espinosa y Ara, 2012). Por lo que la educación podría resultar un factor protector ante el mantenimiento y aceptación de distintas formas de prejuicio.

Al mismo tiempo, distintos estudios indican que variables demográficas como la edad y el sexo podrían jugar un papel diferencial en relación al mantenimiento de los mitos sobre la violencia sexual, por lo que, en este sentido, un mayor grado de experiencia y sensibilización en relación al tema podría también resultar un factor protector ante la aceptación de este tipo de representaciones (Giacopassi y Dull, 1986; Gilmartin-Zena, 1988; Struckman-Johnson y Struckman-Johnson, 1992; Anderson, Cooper y Okamura's, 1997; Klein, Kennedy y Gorzalka, 2008; Suarez y Gadalla, 2010).

Es importante considerar que la violencia sexual comprende un continuo que supone el reconocimiento de formas de violencia sexual que pueden ir desde la amenaza de violencia hasta la violación sexual, pasando por otras formas de violencia como lo pueden ser el acoso sexual callejero (Velázquez, 2003). Así, la violencia sexual puede definirse como todo acto sexual o la tentativa de consumir un acto sexual, así como también comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones que implican la comercialización de la sexualidad de una persona mediante la fuerza o coerción (Jewkes, Sen y Garcia-Moreno, 2002).

Dentro de la definición anterior, entran a calar expresiones que se entienden como cotidianas y que por ello suelen pasar desapercibidas como en el caso acoso sexual callejero, el cual se entiende como un conjunto de prácticas, como frases, gestos, silbidos, sonidos de besos, tocamientos, masturbación pública, exhibicionismo, seguimientos, entre otras, con la característica de que contienen un manifiesto carácter sexual (Vallejo y Rivarola, 2013). Adicionalmente, aunque los mitos sobre la violación han sido estudiados de manera más extensa en relación a la violencia sexual femenina (donde la víctima resulta la mujer), es posible también encontrar también mitos alrededor de la violencia sexual masculina (donde

la víctima resultaría el hombre) inmersos en el imaginario social (Chapleau, Oswald y Russel, 2008; Struckman-Johnson y Struckman-Johnson, 1992; Davies, 2002).

Según la Fundación para el desarrollo de las mujeres de las Naciones Unidas (UNIFEM) una de cada tres mujeres a nivel mundial han experimentado algún tipo de violencia sexual a lo largo de su vida (UNIFEM, 2008). En el Perú ocurren alrededor de 7000 violaciones al año (Instituto de Opinión Pública de la Pontificia Universidad Católica del Perú [IOP], 2013), y específicamente en Lima, durante todo el 2012, se registraron cerca de 8000 delitos contra la libertad sexual (violación sexual, tocamientos indebidos, exhibicionismo, acoso sexual callejero). Sin embargo, se calcula que solo el 5% de las mujeres que sufren una violación llegan a presentar una denuncia (Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer [DEMUS], 2013). Además, 47% de mujeres en Lima y Callao reportaron en el 2013 haber recibido silbidos en los últimos seis meses y 21% fueron blanco de roces incómodos (IOP, 2013).

De tal forma que, aunque el constructo desarrollado por Burt (1980) se aplica únicamente a los mitos alrededor de la violación sexual, es posible también encontrar mitos alrededor de otras formas de violencia sexual.

Así, por ejemplo, en Lima y Callao, el 79.9% de personas piensan que las mujeres que se visten “provocativamente” se exponen al peligro de cualquier tipo de acto de violencia sexual, lo cual incluyen expresiones de violencia como lo puede ser el acoso sexual callejero. Mientras que el 32.1% cree que la mujer es culpable de su propia violación (IOP, 2013). Por otro lado, uno de los mitos más difundidos acerca de la violencia sexual masculina es que los hombres no pueden ser víctimas de la misma, o que en caso lleguen a ser víctimas de

violencia sexual este suceso no les causará un impacto psicológico (Struckman-Johnson y Struckman-Johnson, 1992).

En las últimas décadas se han dado una serie de cambios estructurales tales como el incremento de la educación formal para mujeres, el ingreso de las mismas a espacios públicos y laborales, y el mayor control sobre el cuerpo y la reproducción. Estos cambios, relacionados con la igualdad de capacidades y oportunidades, vienen acompañados de un reconocimiento legal que en gran parte brinda la oportunidad de una supuesta igualdad de derechos; sin embargo, estos cambios contrastan con la resistencia de la superioridad de lo masculino en el imaginario social. (Ortiz-Hernández, 2004).

En relación a todo lo anterior, es importante reconocer que la violencia sexual se enmarca dentro del orden social y cultural. De esta manera, los mitos alrededor de lo femenino, lo masculino y la propia violencia sexual suponen herramientas de silenciamiento e invisibilización de la violencia, lo cual no solo impide la comprensión de la magnitud de su impacto en la vida de las víctimas, sino también su penalización (Velázquez, 2003).

De esta forma, el estudio de la relación entre el sexismo ambivalente y la aceptación de los mitos sobre la violencia sexual podría brindar un punto de partida para la comprensión del mantenimiento de estos últimos en el imaginario social.

Las representaciones y aceptación de mitos sobre la violencia sexual resulta un espacio inexplorado en el contexto peruano y limeño, por lo que el presente estudio abordará su comprensión a partir de una primera etapa de entrevistas que pretende explorar la representación social que los ciudadanos limeños tienen alrededor de ello, para así identificar los mitos presentes. Posteriormente se explorará su relación con el sexismo ambivalente.

Objetivo principal de la etapa cualitativa: Explorar la representación social que, la población en general, ciudadanos limeños de 18 a 60 años tienen sobre la violencia sexual, para así identificar los mitos presentes alrededor de la misma.

Objetivos específicos:

1. Explorar las representaciones sociales sobre la violencia sexual para desarrollar una taxonomía de su expresión.
2. Explorar las representaciones sociales sobre los actores y sus roles en los procesos de violencia sexual.

Objetivo principal de la etapa cuantitativa: Explorar la relación entre los componentes del Sexismo Ambivalente y las representaciones y mitos sobre la violencia sexual.

Objetivos específicos:

1. Explorar las diferencias sobre la aceptación de mitos sobre la violencia sexual en base al sexo.
2. Explorar las diferencias sobre la aceptación de mitos sobre la violencia sexual en base a la edad.
3. Explorar las diferencias sobre la aceptación de mitos sobre la violencia sexual en base al grado de instrucción.

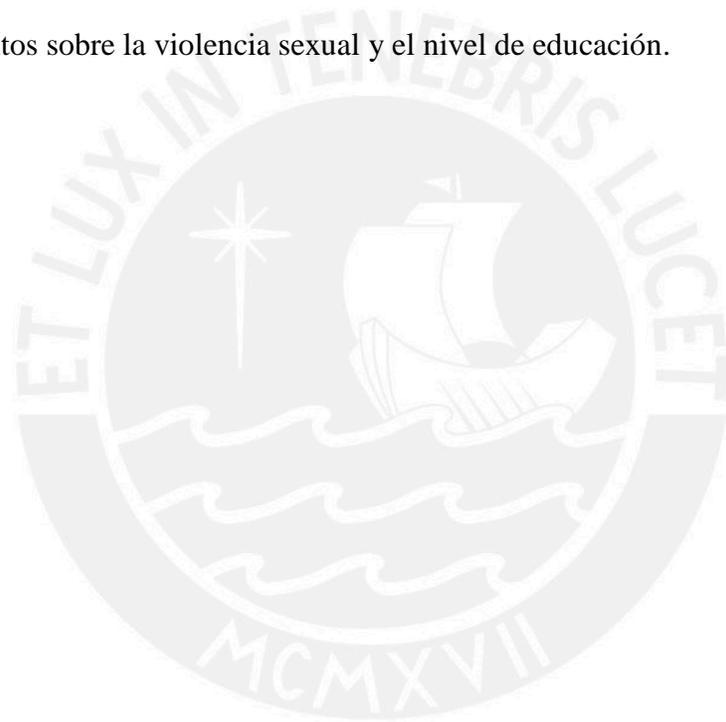
Hipótesis:

H2: Existirá una relación directa y significativa entre los componentes del Sexismo ambivalente y la aceptación de mitos sobre la violencia sexual.

H3: Existirá una mayor tendencia a aceptar los mitos sobre la violencia sexual, es decir, una mayor tendencia a la aceptación de un conjunto de actitudes, estereotipos y creencias falsas acerca de la víctima, el agresor y las circunstancias relacionadas a la violencia sexual, en personas de género masculino.

H4: Existirá una correlación inversa entre la tendencia a la aceptación de mitos sobre la violencia sexual y la edad.

H5: Existirá una correlación inversa entre la tendencia al Sexismo Ambivalente y la aceptación de mitos sobre la violencia sexual y el nivel de educación.



Estudio 1

Método

Participantes

Se contó con 43 participantes, de los cuales 23 fueron mujeres y 20 fueron hombres, residentes de Lima Metropolitana. El número de participantes fue determinado en función al cumplimiento del principio de saturación de la información. Respecto a sus características demográficas, la edad de los participantes osciló entre 18 y 35 años ($M = 24.4$ $DE = 4.66$). En relación con el nivel educativo: 31 participantes contaron con educación superior incompleta a más y 12 con primaria completa a superior técnica.

Método de recolección de datos

Ficha de datos. Se creó una ficha de datos con la intención de recopilar datos sociodemográficos de los participantes como: edad, sexo y nivel educativo.

Entrevista semiestructurada. Se utilizó un formato de entrevista semiestructurada para la recolección de información en relación a los mitos y creencias sobre la violencia sexual en el contexto limeño. Para la construcción de la guía de entrevista se realizó una discusión previa con una experta en temas de psicología del género, lo cual permitió la construcción de un instrumento válido. Adicionalmente, se realizaron sendos pilotos con la finalidad de adaptar el instrumento para facilitar la comprensión de los enunciados propuestos. La guía de entrevista estuvo compuesta por tres ejes temáticos principales: (1) Concepto de violencia sexual, sus causas y características (2) atribuciones sobre las víctimas de violencia sexual y, (3) atribuciones sobre los agresores sexuales.

Procedimiento

Se contactó a los participantes de manera individual en función de su disponibilidad y voluntad para participar de este estudio. Los participantes fueron informados de la naturaleza del estudio sin explicitar abiertamente el objetivo del mismo para evitar sesgos por respuestas anticipatorias. Luego de comunicarles el consentimiento informado, dando cuenta de la confidencialidad y voluntariedad del estudio (Apéndice B), y del llenado de la ficha de datos (Apéndice A), se dio lugar a la realización de una entrevista semiestructurada de aproximadamente 20 minutos.

Para la realización de las entrevistas se estableció que una entrevistadora mujer realizará las entrevistas a mujeres y un entrevistador hombre realizará las entrevistas a los participantes hombres, ello con la intención de evitar sesgos, ya que los temas a tratar podrían generar resistencia si el entrevistador perteneciera al sexo opuesto del entrevistado.

Todas las entrevistas se realizaron en un ambiente privado que permitía a los participantes expresarse con seguridad y confianza que la conversación no sería escuchada por personas ajenas a la situación de entrevista.

Análisis de la información

Se realizó un análisis de contenido, técnica que trabaja con materiales representativos de los discursos (Andréu, 2003) con la finalidad de ordenar y analizar su contenido (Vieytes, 2004) para así poder realizar deducciones lógicas justificadas y aplicables a un contexto particular (Andréu, 2003). Este análisis permitió sintetizar la información recogida en las entrevistas en una serie de categorías relacionadas a los conceptos de violencia sexual, sus

causas y características, así como las características de la víctima y del perpetrador de violencia sexual.



Resultados

Concepciones sobre la taxonomía violencia sexual

En relación al primer objetivo específico, y a partir de la información brindada por los participantes, se observa que la violencia sexual se tiende a relacionar, principalmente, a actos de trasgresión personal relacionados estrictamente con aspectos físicos. De manera que, la violación sexual resulta el acto más representativo de la violencia sexual, siendo, en muchos casos el único acto mencionado. Adicionalmente, se considera que actos de maltrato físico (golpes o “tocamientos indebidos”) pueden también formar parte de la violencia sexual. Teniendo en consideración que la violación sexual y el maltrato físico tienden a ser los elementos más representativos de la violencia sexual la primera parte de la exposición de los resultados se centrará en estos tipos de violencia.

Como contraparte, la violencia verbal expresada en comentarios con contenido sexual explícito, insultos, amenazas, etc., es reconocida como violencia sexual en muy pocos casos, ya que se cree que aunque puede causar un impacto negativo en la otra persona, este impacto no sería lo suficientemente grave como para considerarlo violencia sexual. Cabe resaltar que la tendencia a entender la violencia sexual únicamente en términos físicos es mucho mayor en aquellos participantes hombres.

Cuando un hombre le pega a una mujer, es un tema físico. Creo que el único momento en el que hay violencia sexual es cuando hay violencia física, pero no como sadomasoquismo, si no cuando un hombre obliga a una mujer, por medio de la fuerza, a tener relaciones sexuales (Hombre, 21 años).

Lo primero que se me viene a la mente cuando me dices violencia sexual, es tener relaciones sexuales de manera forzada, ahora si nos ponemos más estrictos

con lo que te dije antes creo que también pueden ser forcejeos, creo que básicamente eso (Mujer, 22 años).

Expresiones sutiles de violencia sexual o la no violencia

Por otra parte, y en relación al acoso sexual callejero, este tiende a ser reconocido como otra forma de violencia sexual solo por algunas participantes mujeres, mientras que los hombres tienden a considerar que solo aquellos actos relacionados a aspectos físicos que forman parte del acoso sexual callejero como por ejemplo los tocamientos indeseados, podrían considerarse formas de violencia.

Así, la diferenciación entre aquellos actos, correspondientes al acoso sexual callejero, que podrían considerarse expresiones de violencia sexual y los que no, parten de la concepción de que para que exista violencia debe de haber un contacto físico entre el agresor y la víctima. En el caso que la violencia sea verbal, el contenido deberá ser explícitamente sexual, de manera que pueda considerarse una trasgresión a la intimidad de la otra persona.

Por el contrario, otro tipo de expresiones como los silbidos, sonidos de besos y comentarios sin un contenido sexual explícito, serían considerados, por lo general, como halagos que no afectarían de ninguna forma a la otra persona y que, por tanto, no podrían considerarse expresiones de violencia sexual. Aunque esta última creencia se encontró presente en participantes de ambos sexos, resulta mucho más persistente en los hombres, quienes, en su mayoría, coinciden en pensar que considerar estos actos como expresiones de violencia correspondería a una exageración.

De todas maneras sí pienso que la gente puede ser a veces muy exagerada con algunas cosas, por ejemplo pueden haber algún acercamiento

verbal que no sea una ofensa, sino un piropo algo un halago y de eso ya se quejan (Hombre, 25 años).

La taxonomía de la violencia sexual y el acoso sexual callejero se muestra en el siguiente diagrama:

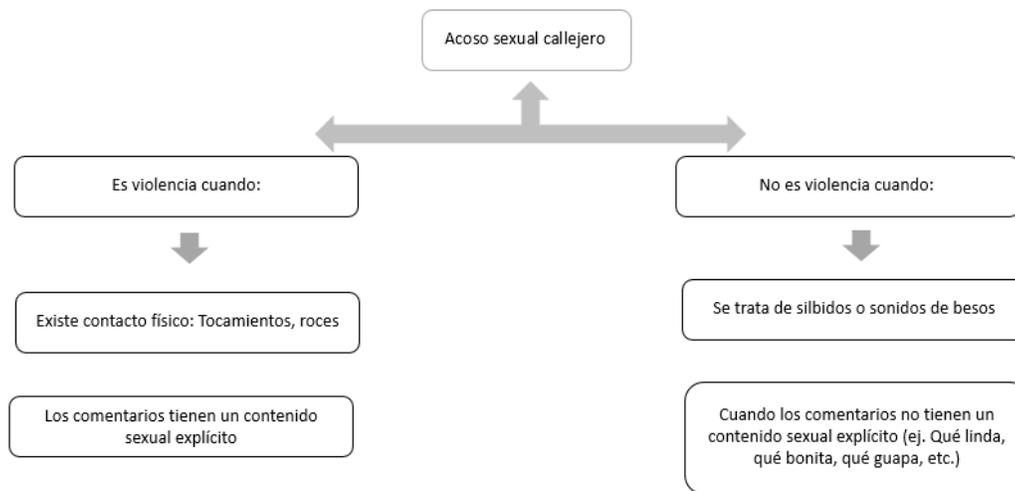


Figura 1: **Taxonomía de violencia sexual y acoso sexual callejero.**

Representaciones sobre las víctimas y agresores de violencia sexual

En relación al segundo objetivo específico, se encuentre que la atribución de la responsabilidad de la violencia sexual, los mitos y creencias alrededor de la misma se dividen en base a dos actores principales: la víctima y el agresor. En cuanto a la víctima, se tiende a pensar que sólo las mujeres podrían convertirse en víctimas de actos de violencia sexual; lo anterior se desprende de dos aristas principales; por un lado, se tiene muy poco conocimiento de sucesos de violencia sexual en los que las víctimas sean hombres, ya que no se suelen escuchar noticias al respecto y, por el contrario, se escucha de muchos casos de violencia sexual hacia mujeres.

Por otro lado, se atribuye a las mujeres una serie de características que haría más probable que estas se conviertan en víctimas. Así, se señala que la mayoría de mujeres serían más débiles físicamente, lo cual les impediría defenderse de un agresor si se presentara un caso de agresión; adicionalmente, se cree que aquellas mujeres que son víctimas de violencia sexual tienden a ser más sumisas e ingenuas, lo cual les dificultaría aún más defenderse o denunciar el acto de violencia para que este no se repita. La ingenuidad de las mujeres las llevaría también a realizar ciertos actos que podrían exponerlas más al peligro, tales como caminar solas por lugares oscuros y peligrosos, o en los que se encuentran varios hombres juntos.

A pesar de que la sumisión y la ingenuidad se perciben como características internas de la víctima, se considera que el realizar actos que las expongan al peligro, las convertiría en responsables parciales de cualquier acto de violencia sexual que les pueda suceder. Esta atribución de características de personalidad a la víctima tales como la sumisión y la ingenuidad se presentaron con mayor persistencia en los participantes hombres y en aquellos de mayor edad.

Así también, se asume que aquellas mujeres que fueron víctimas de violencia sexual pudieron haber realizado ciertos actos para provocar la situación. Dentro de estos actos los más citados resultan el vestirse “provocativamente”, ello implicaría vestirse con faldas cortas, blusas transparentes, ropa apretada o shorts; y coquetear con hombres (bailar o conversar con hombres). Este tipo de actos se relacionan con una mayor atribución de responsabilidad a la víctima, ya que se perciben como elecciones por parte de la misma, que podrían interpretarse por los hombres como señales de deseo sexual. Esta atribución de

culpabilidad a la víctima se presenta independientemente del sexo de los participantes pero con mayor persistencia en aquellos participantes de mayor edad.

A veces las mujeres dan ciertas señales a los hombres, como que al hombre le gusta la mujer y la mujer responde positivamente, y ese gileo [coqueteo] que pueda generarse, puede ser malinterpretado por el hombre y se va más allá (Hombre, 21).

También si usan ropa chiquita apretada, depende de qué usen pues porque puede ser algo corto en verano pero si ya es muy chico, muy apretado, ya se visten como putas entonces sí se están exponiendo, o sea es su derecho, pueden usar lo que quieran pero se están exponiendo, si sabes que te puedes encontrar con cualquier cosa en la calle no te vistes así si no quieres que te pase nada, si estás vestida así es menos seguro de hecho y podrías reducir las posibilidades si no te vistes como puta (Hombre, 18 años).

La representación social del rol de víctima de la mujer en relación a los actos de violencia sexual se muestra en el siguiente diagrama:

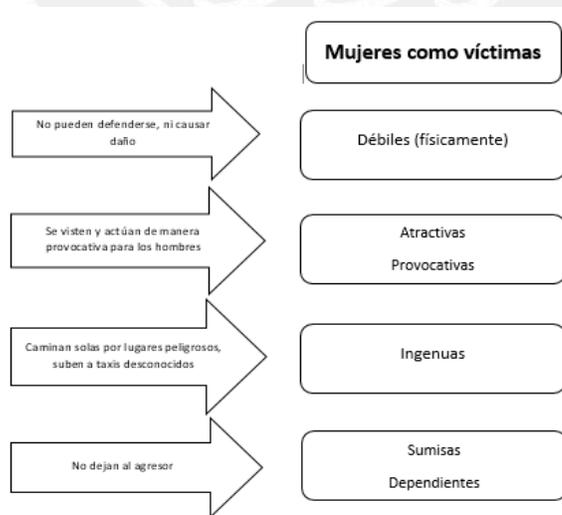


Figura 2: Representación de mujeres como víctimas

En relación al agresor, se asume que este, casi siempre, sería un hombre, ello principalmente ya que cuentan con más fuerza física, lo cual les facilitaría someter a la víctima, y al mismo tiempo, impediría el que puedan convertirse en víctimas ya que podrían defenderse físicamente. Adicionalmente, creerían que los hombres cuentan con un mayor impulso sexual, debido a las diferencias hormonales entre hombres y mujeres, y una mayor disposición al consumo de drogas y alcohol, factores que combinados harían que los impulsos sexuales sean difíciles de controlar, lo cual los motivaría a realizar actos de violencia sexual para satisfacerlos.

Creo que detrás de cada acto de violencia sexual existe una marcada inseguridad del agresor que lo empuja al consumo de alcohol, de drogas, y eso de alguna manera no le permite inhibir sus impulsos (Hombre, 35 años)

Son epilepticos, tienen necesidades sexuales diferentes, si no las satisfacen, hay un tema hormonal, de impulso diferente a la mujer, los hombres no se pueden controlar (Mujer, 21 años).

Por otro lado, resulta también compartida, la creencia de que los agresores fueron víctimas de alguna clase de violencia, por lo general sexual, durante su niñez u adolescencia. Esta creencia, en relación a la victimización del agresor, suele verse acompañada de otras relacionadas a la atribución de enfermedades mentales. Aunque estas últimas justificaciones se encuentran presentes en participantes de ambos sexos, cabe resaltar que en el caso de los hombres, esta suele ser, a nivel de discurso, predominante.

Una persona que tenga algún desbalance psicológico, porque no les interesan los derechos de las otras personas o no los toman en cuenta (Hombre, 25 años).

La representación social del rol del hombre en relación a los actos de violencia sexual se muestra en el siguiente diagrama:

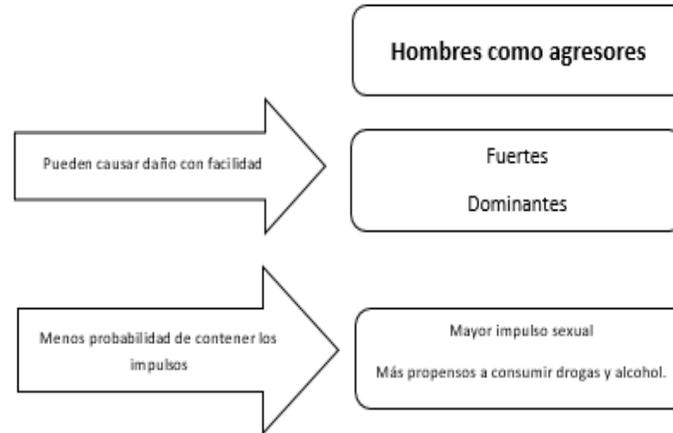


Figura 3: **Representación de hombres como agresores**

Como contraparte, se tiende a pensar que los papeles de mujer como agresora, y hombre como víctima estarían vinculados a situaciones muy específicas que se encontrarían cerca de lo imposible. En ambos casos, la asignación de estos papeles correspondería al mantenimiento de mitos específicos, basados en estereotipos.

Por otra parte, la búsqueda de venganza se relacionaría con una experiencia previa de violencia sexual en la que la mujer ocupaba el papel de víctima, por lo que el posterior ejercicio de violencia correspondería al deseo de experimentar lo que experimentó su agresor y, al mismo tiempo, dominar al agresor o a la representación del mismo, ya que no siempre tendrían la oportunidad de vengarse de su agresor. Adicionalmente, se cree que esta situación también podría darse dentro de una relación de mujeres homosexuales, en las que una de ellas asume un rol masculino y somete por medio de la violencia sexual a la otra.

Si fuese una mujer no es muy común pero creo que podría ser cuando ha sido víctima de niña, haya sido violada y se quiere vengar, quiere vivir lo que sintió su agresor (Mujer, 19 años).

Entre mujer y mujer también puede ser, me imagino cuantas mujeres que son lesbianas serán abusadas por sus parejas, o sea una mujer lesbiana que sea muy activa y que en verdad tome el papel como de hombre dominante y tal vez abuse de su pareja por eso (Mujer, 26 años).

Los mitos asociados a la imagen de mujer como agresora se encuentran representados en la siguiente figura:

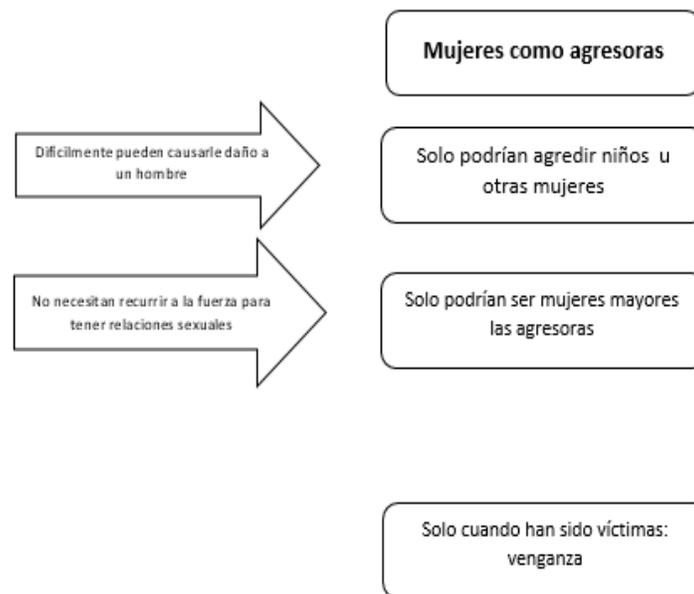


Figura 4: **Representación de mujeres como agresoras**

En contraposición, las probabilidades de que un hombre se convierta en víctima de violencia sexual se encontrarían en función de posibilidad de utilizar su fuerza física para defenderse. Así, de lo anterior se desprende la asunción de que los hombres con

características estereotípicamente masculinas, sólo podrían ser víctimas siendo niños o adolescentes, ya que no contarían con la fuerza suficiente para defenderse de una agresión sexual física.

Así también, el grado de conciencia y la orientación sexual serían factores que impedirían el uso de la fuerza para defenderse del agresor. De manera que se cree que un hombre podría ser víctima estando inconsciente, ya que ello le impediría defenderse, o si es o parece homosexual, ya que podría ser violentado por otro hombre con más fuerza física.

En relación a esta última premisa, es importante dar cuenta de que la agresión sexual de un hombre hacia otro se entiende de dos maneras distintas. (1) Por un lado, se piensa que la violencia sexual puede suceder cuando el agresor es homosexual y ello implicaría un deseo sexual incontrolable hacia la víctima, lo cual impulsaría el acto de violencia sexual. En este caso la víctima jugaría un papel importante, ya que se cree que los hombres homosexuales tenderían a ser más sociales y extrovertidos, características que pueden entenderse como de seducción al agresor. (2) Por el otro lado, se cree que es también posible que suceda cuando el agresor es heterosexual; sin embargo, desea dominar a otro hombre, ya que este es o parece ser homosexual, y lo realiza por medio de la “feminización” que implicaría la agresión a este otro hombre. Ello se entendería como una especie de castigo a la víctima por su orientación sexual.

Yo creo que sí podría ser un hombre, pero depende de quién es el victimario, yo mayormente he escuchado que cuando un hombre es violado es por otro hombre, y acá entra otra vez el tema de la dominación, de que el victimario es el activo, usualmente la víctima el pasivo y lo somete, lo feminiza, yo creo eso, más se da la violencia de hombres pero contra otro hombre (Mujer, 29 años).

Por último, como creencia central se encuentra que, la diferencia hormonal entre hombres y mujeres, citada en líneas anteriores, soportaría la idea de que los hombres se encuentren siempre dispuestos a mantener diferentes actividades sexuales, por lo que esta disposición impediría que se conviertan en víctimas, o que lo interpreten como tal, en caso que las mujeres tuviesen la necesidad de forzarlos para mantener una relación sexual.

Pero ella también no lo ve como algo malo porque es como que sabe que si el chico estuviese consciente sí le atracaría, o sea es hombre, qué hombre no quiere tirar con una flaca, encima ella es simpática, normal, pero bueno solo que a ella le gusta así sentir que ella tiene todo el control (Mujer, 26 años).

Los mitos asociados a la imagen del hombre como víctima se encuentran representados en la siguiente figura:

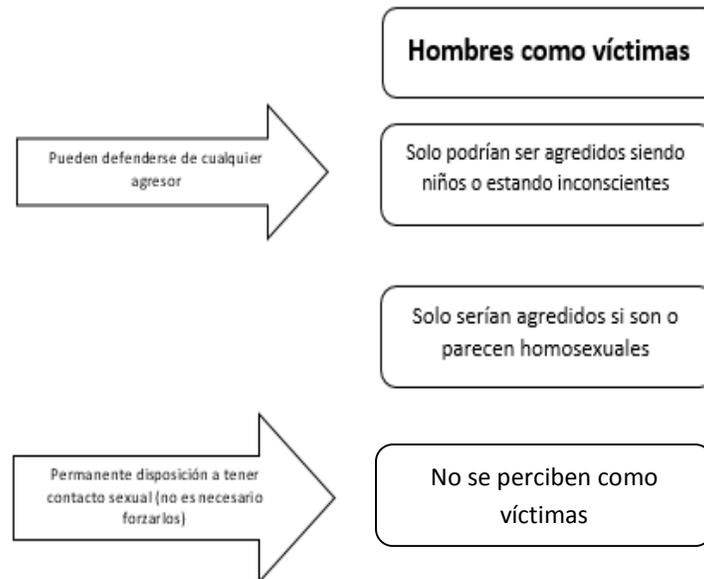


Figura 5: Representación de hombres como víctimas

Cabe resaltar que aunque los participantes empezaron brindando respuestas socialmente deseables, estos terminaban por contradecirse conforme avanzaba la entrevista, permitiendo detectar cierta ambivalencia discursiva.



Discusión

En respuesta al primer objetivo específico, se encontró que la violación sexual estaría funcionando como un prototipo de violencia sexual. De manera que estaría describiendo la categoría (Rosch, 1978), siendo utilizado como punto de referencia, por lo que otras formas de violencia, que podrían no involucrar contacto físico, son consideradas como parte de la categoría con menor frecuencia o son simplemente invisibilizadas.

Así, la negación del acoso sexual callejero como forma de violencia sexual tendió a ser más persistente en aquellos participantes hombres, por lo que es posible que responda a un proceso de deslegitimización del acto (Bandura, 2002). Al reconocer que serían ellos mismos, o la imagen con la que se identifican, quienes practicarían estos actos de violencia. El rechazo a la idea de que estas expresiones tienen consecuencias negativas, pues aparentemente no habría consecuencias físicas para las víctimas, permitiría la reducción de culpa o sentimientos negativos hacia la imagen masculina, y la perpetuación de éstos actos como parte de una expresión habitual e inofensiva de cortejo por parte de los hombres.

En relación al segundo objetivo específico, se evidencia que las representaciones sociales acerca de los roles de hombres y mujeres, en relación a actos de violencia sexual, se asociarían a una relación de poder que podría ser entendida como tradicional. Así, el núcleo central de estas representaciones se desprendería de una concepción tradicional de los roles de género en el que frecuentemente se asigna a la mujer el rol de víctima y al hombre el de agresor.

Es así como los estereotipos sostenidos por el sistema patriarcal, asociados también al sexismo benevolente, coincidirían con la asignación de roles brindada por los entrevistados. De manera que, la mujer frágil, vulnerable, pasiva y dependiente del hombre

se asociaría al rol de víctima, así como también a la imposibilidad de convertirse en agresora, pues esta fragilidad y pasividad le impediría defenderse o ejercer actos de violencia.

Contrariamente, la mujer seductora y provocativa, trasgresora del rol tradicional de mujer, características asociadas al sexismo hostil, se convertiría en incitadora de la violencia, por lo que sería considerada responsable de la misma. Ello estaría indicando un mantenimiento o deseo de mantener ciertos ideales de la imagen tradicional de la mujer, que al ser trasgredidos crearían una situación ambigua que permitiría expresar creencias sexistas que llevan a justificar la agresión y culpar a la víctima. Similar al proceso de deshumanización planteado por Bandura (2002), se estaría dando un proceso de destradicionalización de la feminidad de la víctima, este proceso de degradación terminaría por sustraer a la víctima sus derechos y rasgos tradicionales de género, disminuyendo la posibilidad de generar empatía y facilitando la expresión de prejuicios y atribución de culpa, sobre todo por parte de otras mujeres.

Al mismo tiempo, ello denotaría un proceso de victimización secundaria, en el cual se culpa a la víctima de violencia sexual ya sea por su actitud, comportamiento o prácticas (Campbell y Raja, 1999). Esta victimización secundaria tiene, al mismo tiempo, implicaciones políticas, legales y sociales, entorpeciendo la penalización de actos de violencia sexual, lo cual implica un segundo trauma para aquellas víctimas sobrevivientes (Fox y Cook, 2011).

Así, la trasgresión u oposición de ciertas características valoradas en el rol tradicional de género femenino serían el sustento que justificaría el ejercicio de actos de violencia y la atribución de la culpabilidad a la víctima. Esta justificación podría entenderse desde la visión

que propone el constructo de sexismo ambivalente; donde el sexismo hostil de corte agresivo y el cual comprende actitudes abiertamente hostiles hacia las mujeres (Glick y Fiske, 1997), tiende a relacionarse con la atribución de la culpabilidad a la víctima en situaciones de violencia. (Viki y Abrams, 2002; Abrams, Viki, Masser y Bohner, 2003).

La misma línea se seguiría con los mitos asociados al rol del hombre; así, la descripción brindada por los participantes coincidiría con la imagen patriarcal del hombre como un ser dominante y fuerte que no puede contener sus deseos e impulsos, esta imagen se asociaría inmediatamente al agresor pues contaría con la fuerza y prepotencia necesaria para someter a la víctima (Velázquez, 2003).

Sin embargo, participantes hombres reconocerían que estas características no serían suficientes para que un hombre se convierta en agresor; por lo que sumarían factores externos tales como: consumo de drogas, seducción percibida o enfermedades mentales que harían imposible el control de los impulsos masculinos naturales. De tal forma que, la asociación de la imagen masculina a un rol negativo de perpetrador, provocaría en los hombres la necesidad de que entren en juego elementos de atribución externa que permiten la preservación, identificación, e incluso legitimación de un rol apreciado y la separación del rol negativo, permitiendo así la conservación positiva de la autoimagen.

Cabe resaltar que esta primera asignación, tanto para el rol femenino como para el masculino, estaría también soportada por un sesgo de disponibilidad (Kahneman, Slovic, y Tversky, 1982), que resulta de un escaso conocimiento de sucesos de violencia sexual en los que las víctimas sean hombres y, por el contrario, muchos casos de violencia sexual hacia mujeres.

Como contraparte, la posibilidad de que una mujer revierta el rol de víctima o un hombre el de agresor seguiría respondiendo al mantenimiento de los roles tradicionales de género, aunque de manera inversa. De tal forma que una mujer solo podría convertirse en agresora adoptando características masculinas, y por el contrario la posibilidad de que un hombre se convierta en víctima dependería de una negación de la masculinidad tradicional, ya sea en roles atribuidos a niños u homosexuales.

El uso de estas representaciones sociales estaría denotando la necesidad de hacer de algo ambiguo y amenazante, como lo es la violencia sexual, en términos de Moscovici (1984) algo digerible, familiar e incluso justificable. La función justificativa de las representaciones sociales permitiría interpretar el ejercicio de comportamientos violentos de los agresores hombres, como un mecanismo para tratar de mantener el control dentro de una relación de poder en la que la mujer se percibe tolerante y sumisa (Pita Coral y Quintero, 2003).

Los resultados encontrados dan cuenta de una persistencia en el mantenimiento de los roles e ideales de género tradicionales, asociados a un sistema patriarcal y arraigados como representaciones sociales, que terminarían por sostener los mitos sobre la violencia sexual.

Al mismo tiempo, la inconsistencia discursiva observada, podría dar cuenta de factores ambivalentes que entran en juego en la expresión de formas de prejuicio asociadas al mantenimiento de mitos sobre la violencia sexual. Ello podría estar asociado a una tendencia hacia una visión menos prejuiciosa o agresiva de los roles de género, sobre todo en los participantes más jóvenes. De acuerdo a ello, el estudio de este tema y su relación con formas de prejuicio sexual como el sexismo ambivalente resultaría relevante como complemento a los resultados del presente estudio en futuras investigaciones.

Estudio 2

Método

Participantes

Participaron del estudio 304 personas, de los cuales 169 fueron mujeres y 135 fueron hombres, residentes de Lima Metropolitana. Respecto a sus características demográficas, la edad de los participantes oscila entre 18 y 57 años ($M = 23.8$; $DE = 7.4$). En relación con el nivel educativo: 188 contaron con educación universitaria incompleta a más y 116 con primaria completa a técnica superior.

Medición

Ficha de datos.

Se creó una ficha de datos con la intención de recopilar datos sociodemográficos de los participantes como: edad, sexo y nivel educativo (Apéndice D).

Inventario de Sexismo Ambivalente (Glick y Fiske, 1997)

Para medir el sexismo ambivalente se utilizará una versión del Inventario de Sexismo Ambivalente de Glick y Fiske (1996, 1997), validada en México por Cruz, Zempoaltecatl y Rangel (2007) y posteriormente adaptada en Perú por Rottenbacher (2012). Este cuestionario está conformado por 20 ítems que expresan creencias acerca de los roles de género tanto de los hombres como de las mujeres. La opción de respuesta es una escala tipo Likert, en la que 1 = “Totalmente en Desacuerdo” y 5 = “Totalmente de Acuerdo” (Rottenbacher, 2012). Ambas dimensiones mostraron una confiabilidad alta: Sexismo hostil ($\alpha = .87$) y Sexismo benevolente ($\alpha = .82$)

Aceptación de Mitos sobre la Violencia Sexual

Sobre la base de los resultados del estudio cualitativo se construyó un cuestionario que consta de 20 ítems relacionados a la aceptación de mitos sobre la violencia sexual. Cada ítem deber ser valorado en base a una escala likert que va desde el 1 (“Totalmente en desacuerdo”) hasta el 4 (“Totalmente de acuerdo”). Una alta puntuación se asociará a una alta aceptación de mitos sobre la violencia sexual. Para asegurar la validez de contenido, esta escala fue evaluada por un jurado de expertos. Adicionalmente, fue probada en un piloto conformado por participantes peruanos residentes en Lima entre 18 a 60 años (Apéndice F).

Procedimiento

Se contactó a los participantes de manera individual en función de su disponibilidad y voluntad para participar de este estudio. Los participantes fueron informados de la naturaleza del estudio sin explicitar abiertamente el objetivo del mismo para evitar sesgos, y aceptaron su participación en el estudio a través de la firma de un consentimiento informado en el que se dio razón de la confidencialidad y voluntariedad del estudio (Apéndice E).

A partir de la información recogida en la etapa cualitativa, se procedió a la elaboración de un cuestionario para la medición de la aceptación de mitos sobre la violencia sexual.

Previo a la aplicación de los cuestionarios se realizó un estudio piloto para adaptar y evaluar la confiabilidad de las escalas construidas.

Se contactó a los participantes de manera individual y después de firmar el consentimiento informado, se les entregó el cuestionario con los instrumentos del estudio. La aplicación del cuestionario (Apéndice F) tuvo una duración aproximada de 20 minutos. Terminado el llenado del cuestionario se procedió al llenado de la ficha de datos (Apéndice

D), ello con la intención de no brindar información explícita sobre el objetivo del estudio hasta que el llenado del cuestionario no haya sido culminado, ya que la ficha de datos contuvo preguntas relacionadas a la experiencia con actos de violencia sexual.

Análisis de datos

Los datos fueron procesados con el software estadístico IBM SPSS Statistics v21. En primer lugar, se realizaron pruebas de normalidad con el objetivo de conocer la distribución de los puntajes. Luego, se obtuvieron los estadísticos descriptivos acerca de las características sociodemográficas de los participantes. Adicionalmente, también se obtuvieron los estadísticos de todas las escalas utilizadas. Por otro lado, se llevaron a cabo estadísticos inferenciales para poder identificar diferencias en la aceptación de mitos sobre la violencia sexual de acuerdo al sexo, edad, y nivel educativo. A partir de ello, se realizaron correlaciones entre la Aceptación de los Mitos sobre la violencia sexual y los componentes el Sexismo ambivalente.

Resultados

Análisis factorial exploratorio de la escala de Aceptación de Mitos sobre la Violencia Sexual.

Se efectuó un análisis factorial exploratorio ($KMO = .903$, $p < .001$). El método de extracción fue el de componentes principales y el método de rotación fue Varimax con normalización de Kaiser. De este análisis factorial se obtuvieron dos factores que explican el 44.98% de la varianza y cuya descripción aparece en la siguiente Tabla 1.

El primer componente fue denominado Mitos sobre el papel de la mujer. Este factor agrupa 11 enunciados referidos a la culpabilidad de la víctima y la imposibilidad de la mujer de ser agresora. Explica un 35.49% de la varianza total y presentó un alto nivel de confiabilidad para el caso de la muestra. ($\alpha = .90$). El segundo componente o factor fue denominado Mitos sobre aspectos físicos de la violencia sexual y el papel del hombre. Este factor agrupa 9 enunciados que se refieren al papel del hombre como agresor, la imposibilidad de que sea víctima y la necesidad de violencia física en relación a la violencia sexual. Explica un 9.5% de la varianza total y presentó un nivel aceptable de confiabilidad para el caso de la muestra. ($\alpha = .76$).

Tabla 1
Factores de Aceptación de Mitos sobre la violencia sexual

<i>Ítems</i>	Mitos sobre el rol de la mujer	Mitos sobre aspectos físicos y el rol del hombre
Los silbidos y piropos en la calle no son violencia sexual.	.629	
Las mujeres que usan ropa seductora (faldas cortas, escotes, ropa apretada) tienen parte de la culpa si se convierten en víctimas de violencia sexual porque están provocando a los hombres.	.780	
Una mujer tiene parte de la culpa de ser víctima de violencia sexual si está coqueteando con un hombre.	.760	
Una mujer tiene parte de la culpa de ser víctima de violencia sexual si camina sola por lugares oscuros y peligrosos.	.777	
Una mujer tiene cierta responsabilidad de ser víctima de violencia sexual si no se aleja del agresor después de una experiencia anterior de violencia.	.818	
La razón por la que algunas personas cometen actos de violencia sexual es porque antes han sido víctimas de ello.	.590	
Una mujer solo sería capaz de realizar actos de violencia sexual si antes ha sido víctima.	.557	
Las mujeres pueden controlar mejor sus impulsos sexuales, por eso no suele agredir sexualmente a otras personas.	.683	
Aquellas personas que realizan actos de violencia sexual tienen enfermedades mentales.	.729	
Una mujer no podría agredir sexualmente a un hombre.	.599	
Una mujer no tiene necesidad de agredir sexualmente a un hombre, ya que los hombres siempre están dispuestos a tener relaciones sexuales.	.682	
Los hombres que son víctimas de violencia sexual suelen ser o parecer homosexuales.		.483
Las víctimas de violencia sexual son personas sumisas que no saben defenderse.		.632
Los hombres tienen impulsos sexuales que son difíciles de controlar, por eso pueden agredir sexualmente a otra persona.		.623
La violencia sexual se presenta, sobre todo, en los estratos socioeconómicos bajos.		.466
El acoso sexual callejero solo es violencia sexual cuando hay un contacto físico (ej. Tocamientos indebidos).		.644
Las mujeres que realizan actos de violencia sexual suelen ser lesbianas que adoptan el papel “activo” o de “hombre” en una relación.		.487
Para que se dé un acto de violencia sexual siempre debe haber un contacto físico.		.572
La única forma de que un hombre sea víctima de violencia sexual es estando inconsciente, ya que de otra forma podría defenderse.		.505

Relación entre la Aceptación de Mitos sobre la violencia sexual, y el Sexismo Ambivalente.

Se evaluó la relación entre los componentes de la Aceptación de Mitos sobre la Violencia Sexual y los del Sexismo Ambivalente, tomando en cuenta todos los participantes del estudio. Los resultados se muestran en la siguiente tabla (Tabla 2).

	1	2	3	4	5	<i>M</i>	<i>DE</i>
1. Sexismo Hostil	1	.65**	.56**	.47**	.09	2	.79
2. Sexismo Benevolente		1	.66**	.51**	.17*	2.58	.89
3. Mitos sobre el papel de la mujer			1	.54**	.15*	1.71	.73
4. Mitos sobre aspectos físicos de la violencia sexual y el papel del hombre				1	.07	1.94	.61
5. Edad					1	23.89	7.44

* $p < .05$ ** $p < .01$

Como se aprecia en la Tabla 2, se muestran correlaciones significativas con efectos medianos ($.30 \leq |r| \leq .50$) o grandes ($.50 \leq |r| \leq 1$) según los criterios establecidos por Cohen (1988).

Aceptación de Mitos sobre la violencia sexual

En relación al sexo, se encontraron diferencias en el grado de Aceptación de Mitos sobre el papel de la mujer. El grado de aceptación de este tipo de mitos fue mayor en aquellos participantes hombres ($M = 1.86$, $SD = .72$) que en las mujeres ($M = 1.61$, $SD = .72$) $t = -2.91$; $p < .01$; $d = .47$.

Adicionalmente, se encontraron diferencias relacionadas a la Aceptación de Mitos sobre el papel de la mujer entre aquellos con menor grado de instrucción (Primaria completa a Superior técnica) ($M = 2.34$, $SD = .69$) y aquellos con un mayor nivel de instrucción (Universitario incompleto a más) ($M = 1.32$, $SD = .416$) $t = 14.38$; $p < .01$; $d = 7.23$. En donde los primeros presentaron un mayor grado de aceptación de este tipo de mitos.

Se encontraron también diferencias en el grado de Aceptación Mitos sobre aspectos físicos de la violencia sexual y el papel del hombre, de acuerdo al grado de instrucción. De manera que aquellos con menor grado de instrucción ($M = 2.11$, $SD = .70$) tendieron a aceptar más este tipo de mitos que aquellos con un grado más alto de instrucción ($M = 1.83$, $SD = .52$) $t = 3.71$; $p < .01$; $d = .70$.

Así también, se encontró que de acuerdo al modelo de regresión, todos los componentes del sexismo ambivalente desde la configuración propuesta por Glick y Fisk (1996) resultan buenos predictores de la Aceptación de Mitos sobre la Violencia Sexual (Tabla 3).

Tabla 3

Regresión entre Aceptación general de Mitos y Sexismo ambivalente

		B	T	P	R	F	Gl
Mujeres	Sexismo hostil	.23	3.89	.001	.78	115.75	151
	Sexismo Benevolente	.45	9.89	.001			
Hombres	Sexismo hostil	.28	4.61	.001	.65	45.34	126
	Sexismo Benevolente	.19	3.21	.002			

 $p < .01$

Mientras que, Sexismo Benevolente resulta el mejor predictor tanto para la Aceptación general de Mitos como para la aceptación de Mitos sobre el papel de la mujer en el caso de las mujeres (Tabla 4).

Tabla 4

Regresión entre Aceptación general Mitos Factor 1 y Sexismo ambivalente

		<i>B</i>	<i>T</i>	<i>P</i>	<i>R</i>	<i>F</i>	<i>Gl</i>
Mujeres	Sexismo hostil	.259	3.66	.001	.757	102.62	155
	Sexismo Benevolente	.502	9.31	.001			
Hombres	Sexismo hostil	.27	3.2	.002	.591	33.46	127
	Sexismo Benevolente	.295	3.46	.001			

$p < .01$

Por último, el Sexismo Hostil resulta un mejor predictor para la aceptación de Mitos sobre aspectos físicos de la violencia sexual y el papel del hombre en el caso de los hombres (Tabla 5).

Tabla 5

Regresión entre Aceptación general Mitos Factor 2 y Sexismo ambivalente

		<i>B</i>	<i>T</i>	<i>P</i>	<i>R</i>	<i>F</i>	<i>Gl</i>
Mujeres	Sexismo hostil	.19	2.68	.018	.648	55.13	154
	Sexismo Benevolente	.32	6.78	.001			
Hombres	Sexismo hostil	.31	4.39	.001	.516	22.85	128
	Sexismo Benevolente	.07	1.01	.314			

$p < .01$

Discusión

El principal objetivo del presente estudio fue explorar la relación entre la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual y el Sexismo Ambivalente en una muestra de residentes limeños. Así, de manera general, se encontró que el Sexismo benevolente resulta el mejor predictor para la Aceptación de Mitos sobre la violencia sexual.

Ello podría encontrar explicación en las características ideológicas de la población peruana. Así, diferentes estudios han encontrado una mayor tendencia de la población peruana hacia el autoritarismo de ala derecha (RWA), lo cual estaría asociado con una mayor resistencia al cambio y mantenimiento de roles tradicionales (Rottenbacher y De la Cruz, 2011), en este caso, aceptando mitos asociados al rol de la mujer como víctima y del hombre como agresor. Sin embargo, es importante resaltar que aunque los componentes benevolentes resultan mejores predictores, la aceptación general de mitos también tiene como predictores componentes hostiles del sexismo.

En relación al primer objetivo específico, las diferencias de acuerdo al sexo, se encontró una mayor aceptación general de Mitos sobre la violencia sexual en aquellos participantes hombres; este resultado coincide con el de otras investigaciones como la de Suarez y Gadalla (2010) realizada a través de un meta análisis de estudios sobre la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual. En estas investigaciones se asocia esta mayor tendencia a la aceptación de mitos en los hombres con una experiencia menor con situaciones de violencia y una menor identificación con la víctima (quienes en su mayoría serían mujeres). Este menor grado de identificación con situaciones de violencia sexual podría también

explicar la baja aceptación, de los hombres, de ítems referidos a situaciones de violencia sexual que no involucran contacto físico (ej: acoso sexual callejero).

Así también, se encontró que la Aceptación de mitos sobre aspectos físicos y el rol del hombre tendrían como mejor predictor el Sexismo Hostil en los hombres. El Sexismo Hostil nace del rechazo de aquellas excepciones de mujeres que desafían los roles tradicionales de género, lo que lleva a justificar la dominación masculina y los roles tradicionales de género, afirmando que las mujeres no deben dominar a los hombres, y en su lugar, deben contentarse con su rol prescrito en la sociedad. Así, la relación entre este espectro del Sexismo Ambivalente y el mantenimiento de Mitos sobre aspectos físicos y el rol del hombre podría asociarse a una mayor intención de los hombres de mantener roles de género tradicionales, los cuales favorecen la continuidad de la estructura patriarcal de la sociedad (y su lugar en ella), aceptando mitos en los que el hombre resulta el controlador de la situación, imposibilitando el volverse víctima.

Sin embargo, aparecen elementos de atribución externa que permiten la conservación de la autoestima positiva, a pesar de asociar el género masculino a un rol negativo como es el del agresor. El componente de aceptación de mitos sobre aspectos físicos y el rol del hombre, incluye también mitos referidos a los factores externos que convierten al hombre en agresor (manipulación de la mujer, consumo de drogas, etc.), de tal forma que, aunque se pretende mantener los roles de género tradicionales, cuando este rol se asocia a una imagen negativa (perpetuador) entran en juego elementos de atribución externa que permiten la preservación e identificación con el rol apreciado. Este fenómeno es consistente con los resultados de Rollero y Fedi, (2012), quienes encontraron que los hombres suelen describirse

y aceptar características colectivas excepto cuando actitudes hostiles son asociadas al grupo con el que se identifican.

En el caso de las mujeres, el Sexismo Benevolente se muestra como el mejor predictor para la aceptación de Mitos sobre el rol de la mujer. Ello podría sugerir cierto deseo de las mujeres de conservar los roles tradicionales relacionados a características “favorables” para las mujeres. El Sexismo Benevolente sugiere que la mujer posee características positivas que el hombre no posee y que además serían un complemento para el bienestar masculino. Estas características positivas serían trasgredidas por las víctimas de violencia sexual, lo cual crearía una situación ambigua y de rechazo hacia la misma, que permitiría expresar creencias sexistas que llevan a justificar la agresión y culpar a la víctima (Frese, Moya y Megías, 2004).

De manera que, esta relación, en el caso de las mujeres, sugeriría lo que Ross (1977), llamó “error fundamental de atribución”, que permitiría alejar la posibilidad de identificarse con la víctima, atribuyéndole la culpa, pues trasgrede el rol tradicional de “buena mujer”, y al mismo tiempo permitiría identificarse con ese rol positivo. Así también, este resultado soporta la Teoría del mundo justo (Lerner & Miller, 1978), en el que la víctima, quien estaría trasgrediendo el rol tradicional, tendría por merecido el acto de agresión.

Como contraparte, el rol protector del hombre, a pesar de responder a un elemento benevolente, se podría estar asociando a características de dominancia masculina que facilitan el vínculo entre el hombre y el rol de agresor en actos de violencia sexual, por lo que es Sexismo Benevolente, sería también el mejor predictor de los Mitos sobre aspectos físicos de la violencia y el rol del hombre en el caso de las mujeres.

Por otro lado, contrario a la hipótesis planteada, y en relación al segundo objetivo específico del estudio, se encontró una mayor tendencia a la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual conforme la edad se incrementa. Aunque otras investigaciones proponen que la experiencia ganada con los años podría funcionar como un factor protector para la aceptación de mitos, es posible que la edad esté interactuando con una mayor rigidez cognitiva. Ya que personas con un estilo cognitivo más rígido tenderían a ser menos tolerantes a la ambigüedad del entorno social (Jost; Glaser; Krulanski y Solloway, 2003; Van Hiel, Onraet y De Pauw, 2010). Esta rigidez e intolerancia a la ambigüedad estaría asociada al mantenimiento de ideologías conservadoras y al interés por mantener roles de género tradicionales, asociados en este caso a rol de víctima de la mujer en situaciones de violencia sexual, y la atribución de la culpabilidad a las víctimas que trasgreden la expectativas de comportamiento tradicional (Jost; Glaser; Krulanski y Solloway, 2003; Van Hiel, Onraet y De Pauw, 2010).

Por último, y en relación al tercer objetivo específico, el nivel educativo, se encontró que aquellos con menor nivel educativo tienden a una mayor aceptación de Mitos sobre la violencia sexual. Este resultado es consistente con el de otras investigaciones como la de Suarez y Gadalla (2010). De manera general, diferentes estudios han encontrado que un mayor nivel de educación se encuentra asociado a un menor mantenimiento de todo tipo de prejuicios. Por lo que, sería la educación, y no necesariamente la experiencia, el factor protector más adecuado ante la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual.

Así, a manera de conclusión, es importante resaltar que, a pesar que las actitudes sexistas benevolentes a menudo no suelen ser vistas de manera negativa en la sociedad en general, pues se perciben como prosociales (Glick y Fiske, 1996); la presente investigación

demuestra que pueden existir ciertos efectos negativos que podrían tener graves consecuencias para el tratamiento y la evaluación de situaciones de violencia sexual. Es por ello que, para próximas investigaciones se recomienda explorar a mayor detalle la relación entre el sexismo benevolente, sus subtipos y la aceptación de Mitos de violencia sexual.



Discusión general

A partir de los resultados obtenidos en ambos estudios es posible sostener que la Aceptación de Mitos sobre la violencia sexual en Lima estaría soportada por elementos que se siguen desprendiendo de una cultura con un fuerte arraigo patriarcal.

Se encontró una relación positiva entre la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual y el Sexismo Ambivalente, siendo el Sexismo Benevolente el mejor predictor en la mayoría de los casos, lo cual guarda concordancia con las respuestas recogidas en el estudio cualitativo.

Tanto a nivel cualitativo como cuantitativo, estarían predominando representaciones sociales asociadas a roles de género tradicionales que tendrían un impacto en la justificación y atribución de la culpabilidad en situaciones de violencia sexual.

Así, la trasgresión u oposición de ciertas características valoradas para cada uno de los roles de género (cualidades afectivas y altruistas en el caso de la mujer, y cualidades de dominancia y fuerza en el caso del hombre) serían el sustento que justificaría el ejercicio de actos de violencia y la atribución de la culpabilidad a la víctima.

De manera que sería constante la victimización secundaria, a través de la cual se culpa a la víctima de violencia sexual ya sea por su actitud, comportamiento o prácticas (Campbell y Raja, 1999). Esta victimización secundaria tiene, al mismo tiempo, implicaciones políticas, legales y sociales que entorpecen la penalización de actos de violencia sexual, lo que en muchas ocasiones significa un segundo trauma para las víctimas (Fox y Cook, 2011), quienes pueden terminar por culpabilizarse a ellas mismas.

Cabe mencionar que se halló una mayor tendencia a la aceptación general de Mitos sobre la violencia sexual en hombres; esta tendencia se ve reforzada a través de los discursos

analizados, de manera que un menor número de experiencias de actos de violencia sexual, así como también una menor identificación con el rol de víctima, crearía una visión lejana y sesgada de la realidad. Esta misma distancia podría explicar el que se encontrara una mayor tendencia en los hombres a trivializar actos de violencia sexual que no impliquen un contacto físico, como por ejemplo el acoso sexual callejero.

En relación al nivel educativo y la edad, se encontró que sería el primero el que tendría un mejor funcionamiento como factor protector ante la aceptación de mitos; de manera que un mayor nivel educativo (y no necesariamente una mayor edad), se asociaría a una menor tendencia hacia la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual.

El mal funcionamiento de la edad como factor protector se podría estar asociando a una mayor rigidez cognitiva y tendencia conservadora, que favorecerían la intención de mantener los roles de género tradicionales.

Así, elementos benevolentes, normalmente considerados menos nocivos, estarían teniendo un fuerte impacto negativo sobre la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual, lo cual podría generar graves consecuencias en la evaluación, atribución y manejo de situaciones de violencia sexual. Por otro lado, aunque la aceptación de mitos estaría asociada a un fuerte arraigo a roles tradicionales de género, es posible que la educación resulte un importante factor protector que podría llevar a romper estas idealizaciones que terminan por ser perjudiciales para el funcionamiento de la sociedad.

En cuanto a las limitaciones del presente estudio, es importante tener en cuenta que hablando específicamente de la edad, no se contó con una amplia distribución de edades, teniendo la mayor concentración entre los 20 y 30 años de edad; así también, los rangos de

edades utilizados para el estudio cualitativo no corresponden a los utilizados en el cuantitativo, lo cual dificulta la profundización de los resultados según esta variable.

Cabe resaltar, que otros elementos como la rigidez cognitiva o incluso la orientación política, podrían estar jugando parte de la problemática, por lo que se recomienda que futuros estudios contemplen el estudio de estas variables como predictores de la aceptación de Mitos sobre la violencia sexual.



Referencias

- Abrams, D., Viki, G. T., Masser, B., y Bohner, G. (2003). Perceptions of stranger and acquaintance rape: The role of benevolent and hostile sexism in victim blame and rape proclivity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, 111–125.
- Allport, G. (1954). *The Nature of Prejudice*. Massachusetts. Addison-Wesley Publishing Company.
- Anderson, K., Cooper, H., y Okamura, L. (1997). Individual differences and attitudes toward rape: A meta-analytic review. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 23, 295-315.
- Andréu, J. (2003). *Las técnicas de análisis de contenido: una revisión actualizada*. Recuperado de: <http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/S200103.pdf>
- Asiyanbola, A. (2005). *Patriarchy, male dominance, the role and women empowerment in Nigeria*. Póster presentado en la XXV International Population Conference Tours, Francia.
- Bandura, A. (2002). Selective Moral Disengagement in the Exercise of Moral Agency. *Journal of Moral Education*, 31(2), 101-119.
- Beramendi, M., Espinosa, A. y Ara, S. (2012). Perfiles axiológicos de estudiantes de tres carreras universitarias: funciones discriminantes de tres lecturas de la teoría de Schwartz. *Liberabit* 19(1), 45-54.
- Burt, M. (1980). Cultural Myths and Supports for Rape. *Journal of Personality and Social Psychology* 38, 217-230.

- Cabral, B. y García, C. (2000) Masculino/femenino ¿Y yo? Identidad Identidades de Género. *Mérida, 10, 1-16.*
- Campbell, R. y Raja, S. (1999). The secondary victimization of rape victims: Insights from mental health professionals who treat survivors of violence. *Violence and Victims, 14, 261-275.*
- Chapleau, K., Oswald, D., y Russell, B. (2008). Male rape myths: The role of gender, violence, and sexism. *Journal of Interpersonal Violence, 23, 600-615.*
- Corsi, J. (1994). *Violencia familiar: una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social.* Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Cruz, C., Zempoaltecatl, V. y Rangel, D. (2007). *Validación del cuestionario de medición del sexismo ambivalente.* Póster presentado en el XXXI Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología. Ciudad de México.
- Davies, M. (2002). Male sexual assault victims: A selective review of the literature and implications for support services. *Aggressive and Violent Behaviour: A Review Journal, 7, 203-214.*
- DEMUS (2013). *La violencia sexual es un grave problema que afecta a mujeres y niñas.* Recuperado el 20 de junio del 2014 de: [http://www.demus.org.pe/publicacion/0a6_un_hombre_no_viola2%20\(1\).pdf](http://www.demus.org.pe/publicacion/0a6_un_hombre_no_viola2%20(1).pdf)
- Eagly, A. y Karau, S. (2002). Role Congruity Theory of Prejudice Toward Female Leader. *Psychological Review, 109, 573-598.*

- Eyssel, F., y Bohner, G. (2011). Schema effects of rape myth acceptance on judgments of guilt and blame in rape cases: The role of perceived entitlement to judge. *Journal of Interpersonal Violence*, 26, 579-1605.
- Fernández, A. (2007). *Experiencias de dolor: Reconocimiento y reparación. Violencia sexual contra las mujeres*. Lima: DEMUS.
- Fiske, S. (1998). Stereotyping, prejudice, and discrimination. En Daniel Gilbert, Susan Fiske, y Gardner Lindzey (Eds.), *Handbook of Social Psychology* (4ta ed., vol 2, pp. 357-412). Boston: The McGraw-Hill Companies.
- Fox, K. y Cook, C. (2011). Is knowledge power? The effects of a victimology course on victim blaming. *Journal of interpersonal violence*, 26, 3408-3427. doi: 10.1177/0886260511403752
- Frese, B., Moya, M., y Megías, J. (2004). Social perception of rape: How rape myth acceptance modulates the influence of situational factors. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 143-161, doi: 10.1177/0886260503260245
- García-Leiva, P., Palacios, M., Torrico, C. y Navarro, Y. (2007). *El sexismo ambivalente: ¿un predictor del maltrato?* Asociación Latinoamericana de Psicología Jurídica y Forense. Recuperado el 23 de septiembre del 2014 de: <http://psicologiajuridica.org/psj210.html>
- Gerger, H., Kley, H., Bohner G., Siebler, F. (2013). *Acceptance of Modern Myths About Sexual Aggression (AMMSA) scale. Measurement Instrument Database for the Social Science*. Recuperado el 23 de septiembre del 2014 de: www.midss.ie

- Giacopassi, D. y Dull, R. (1986). Gender and racial differences in the acceptance of rape myths within a college population. *Sex Roles, 15*, 63-75.
- Gilmartin-Zena, P. (1988). Gender differences in students attitudes toward rape. *Sociological Focus, 21*, 279-292.
- Glick, P. y Fiske, S. (1997). Hostile and benevolent sexism: measuring ambivalent sexist attitudes toward women. *Psychology of Women Quarterly, 21*, 119-135.
- Goldberg, S. (1993). *Why Men Rule: A Theory of Male Dominance*. Chicago: Open Court.
- Hirigoyen, M. (2006). *Mujeres maltratadas: Los mecanismos de la violencia en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.
- Instituto de opinión pública de la Pontificia Universidad Católica del Perú. (2013). *Encuesta nacional sobre violencia contra la mujer y feminicidio*. Recuperado el 20 de junio del 2014 de: <http://iop.pucp.edu.pe>
- Jewkes, R., Sen P. y Garcia-Moreno, C., (2002). La violencia sexual. En: Krug E., Dahlberg, L., Mercy, J.A., Zwi, A.B., Lozano, R. *Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud.
- Jodelet, D. (1988). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En *Psicología social* (pp. 481-494). Barcelona: Paidós.
- Jost, J., Federico, C., y Napier, J. (2009). Political Ideology: Its Structure, Functions, and Elective Affinities. *Annual Review of Psychology, 60*, 307-337.
- Jost, J., Glaser, J., Kruglanski, A. y Sulloway, F. (2003). Political conservatism as motivated social cognition. *Psychological Bulletin, 129* (3), 339-375.

- Kahneman, D., Slovic, P., y Tversky, A. (1982). *Judgment under uncertainty: Heuristics and biases*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kamarae, C. (1992). The condition of patriarchy. En Cherris Kramarae y Spender Dale (Eds.), *The Knowledge Explosion: Generation of Feminist Scholarship*. Londres: Teachers College Press.
- Klein, C., Kennedy, A., y Gorzalka, B. (2008). Rape Myth Acceptance in Men Who Completed the Prostitution Offender Program of British Columbia. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology* 53 (3), 305 -315.
- Lerner, M. (1980). *The belief in a just world: A fundamental delusion*. Nueva York: Plenum.
- Malamuth, N. (1983). Factors associated with rape as predictors of laboratory aggression against women. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45 (2), 432-442.
- Masser, B. y Abrams, D. (1999). Contemporary sexism. The relationships among hostility, benevolence, and neosexism. *Psychology of Women Quarterly*, 23, 503-517.
- Moscovici, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- Moscovici, S. (1984). The Phenomenon of Social Representations. En Robert Farr y Serge Moscovici (Eds). *Social Representations* (pp. 3-69). Cambridge: Cambridge University Press.
- Ortiz-Hernández, L. (2004). La opresión de minorías sexuales desde la inequidad de género. *Política y cultura*, 22,161-182.
- Pita Coral, G. y Quintero, M. (2003). *Representaciones sociales y violencia de pareja. Estudio cualitativo con población de parejas adultas que presentan violencia y*

- parejas de novios adolescentes* (Tesis de psicología). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Ramos, M. (2006). *Masculinidades y violencia conyugal: Experiencia de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco*. Lima: FASPA/UPCH.
- Rosch, E. (1978). *Principles of Categorization*. Berkeley: University of California.
- Ross, L. (1977). The intuitive psychologist and his shortcomings: Distortions in the attribution process. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (173-220). New York: Academic Press
- Rottenbacher, J. (2010). Sexismo ambivalente, paternalismo masculino e ideología política en adultos jóvenes de la ciudad de Lima. *Pensamiento Psicológico*, 7(14), 9-18.
- Rottenbacher, J. (2012). Relaciones entre el sexismo ambivalente, el conservadurismo político y la rigidez cognitiva en una muestra de habitantes de la ciudad de Lima. *Psicología desde el caribe*, 29 (2), 229-256.
- Rottenbacher, J., Espinosa, A. y Magallanes, J. (2011). Analizando el Prejuicio: Bases ideológicas del Racismo, el Sexismo y la Homofobia en una muestra de habitantes de la ciudad de Lima – Perú. *Psicología Política* 11(22), 225-246.
- Saldivar, G., Ramos, L. y Sartijeral, M. (2004). Validación de las escalas de aceptación de la violencia y de los mitos de violación en estudiantes universitarios. *Salud Mental*, 27, 40-47.
- Scott, J. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: James Amelang y Mary Nash. *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y*

contemporánea. Ediciones Alfonso el Magnánimo; Institución Valenciana d'Estudis i Investigació

Shaver, K. (1970). Defensive attribution: Effects of severity and relevance on the responsibility assigned for an accident. *Journal of Personality and Social Psychology*, 14,101-113.

Short, J. (1996). *The Urban Order: An Introduction to Cities, Culture and Power*. Boston: Blackwell Publishing.

Stacey, J. (1993). Untangling feminist theory. En: Diane Richardson y Victoria Robinson (Eds.), *Introducing Women's Studies: Feminist Theory and Practice*. London: Macmillan.

Stangor, C. (2000). Overview. En: Charles Stangor (Ed.), *Stereotypes and prejudice: Key readings in social psychology* (pp. 1-16). Ann Arbor, MI: Edwards Brothers.

Struckman-Johnson, C., y Struckman-Johnson, D. (1992). Acceptance of male rape myths among college men and women. *Sex Roles*, 27, 85-100.

Suarez, E. y Gadalla, T. (2010). Stop Blaming the Victim: A Meta-Analysis on Rape Myths. *Journal of Interpersonal Violence*, 25(11), 2010-2035.

Trujano, P., y Raich, M. (2000). Variables socioculturales en la atribución de culpa a las víctimas de violación. *Psicothema* 12(2), 223-228.

Trujano, R. (1991). Algunas consideraciones sobre la mujer víctima del delito de violación, *Sociológica*, 17, 195-206.

- Vala, J., Monteiro, M. y Leyens, J. (1988). Perception of violence as a function of observer's ideology and actor's group membership. *British Journal of Social Psychology*, 27, 231-237.
- Vallejo, E., y Rivarola, M. (2014). La violencia invisible: acoso sexual callejero en Lima Metropolitana y Callao. *Cuadernos de Investigación 4*. Instituto de Opinión Pública - PUCP.
- Van Hiel, A., Onraet, E. y De Pauw, S. (2010). The relationship between social-cultural attitudes and behavioral measures of cognitive style: A metaanalytic integration of studies. *Journal of Personality*, 78 (6), 1765-1800
- Van Hiel, A., y Mervielde, I. (2002). Explaining conservative beliefs and political preferences: A comparison of social dominance orientation and authoritarianism. *Journal of Applied Social Psychology*, 32, 965-976.
- Velázquez, S. (2003). *Violencias cotidianas, violencia de género. Escuchar, comprender, ayudar*. Buenos Aires: Paidós.
- Vieytes, R. (2004). *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.
- Viki, G., Abrams, D., y Masser, B. (2004). Evaluating stranger and acquaintance rape: The role of benevolent sexism in perpetrator blame and recommended sentence length. *Law and Human Behavior*, 28, 295-303.
- Viki, G., y Abrams, D. (2002). But she was unfaithful: Benevolent sexism and reactions to rape victims who violate traditional gender role expectations. *Sex Roles*, 47, 289-293.

Vizcarra, I., y Guadarrama, N. (2006). Las niñas a la casa y los niños a la milpa: la construcción social de la infancia Mazahua. *Convergencia*, 13(40), 39-67.



Apéndices

Apéndice A

Ficha de datos

Sexo:

- Femenino
- Masculino

Edad:

Nivel educativo:

- Primaria incompleta
- Primaria completa
- Secundaria incompleta
- Secundaria completa
- Técnico incompleto
- Técnico completo
- Universitario incompleto
- Universitario completo
- Máster

Apéndice B

Consentimiento informado

Consentimiento informado

Esta es una investigación que tiene como finalidad recabar información para una tesis de licenciatura a cargo de Erika Janos. Con esa finalidad, le pido su colaboración, a través de la participación en una entrevista de aproximadamente 20 minutos de duración. Sólo pueden participar personas con nacionalidad peruana de entre 18 y 35 años de edad.

La entrevista busca conocer su opinión sobre algunos temas generales. En ese sentido, no existen respuestas correctas o incorrectas. Es anónima y la información que brinde será trabajada de manera confidencial y sólo con fines académicos.

Si bien puede retirarse de la entrevista cuando lo desee, por favor, en la medida de lo posible, participe de la totalidad de la misma, pues será de mucha ayuda.

Agradezco de antemano su colaboración y ante cualquier duda o comentario puede contactarse al siguiente correo electrónico: ejanos@pucp.pe

Finalmente, esta información será analizada de manera grupal por lo que no podemos ofrecer información individualizada de sus respuestas. Si desea tener información del proyecto, se la haré llegar gustosa cuando ésta se encuentre disponible.

Apéndice C

Guía de entrevistas

I. Representación y taxonomía del concepto de violencia sexual

¿Qué entiende por violencia sexual? ¿Cómo así? ¿Qué clase de actos se podrían entender como violencia sexual? ¿Existen diferencias entre estos actos de violencia? ¿Cómo así?

II. Razones

E: Para todas las preguntas siguientes preguntar en caso la persona fuese hombre o mujer.

- Razones: ¿Qué razones o situaciones pueden existir para que una persona sea víctima de ...? ¿Por qué? ¿alguna más?
 - **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**
- **Evitación:** ¿Qué debería hacer una persona para evitar ser víctima de ...?
 - **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**
- **Realización de actos de violencia sexual:** ¿Qué razones cree que puede tener una persona para efectuar un acto de ...? ¿Qué podría estar pasando por su mente? ¿Existe alguna situación/ razón que pueda justificarlo? ¿Cómo así? ¿Por qué?
 - **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**

III. Víctimas

- **Víctimas:** ¿Quiénes pueden ser víctimas de violencia sexual? ¿Es más probable que algunas personas sean víctimas de ... que otras? ¿Cómo así? ¿Quiénes tienen mayor probabilidad de ser víctimas de ...? ¿Por qué? ¿Existen ciertos actos o conductas que pueden incrementar la probabilidad de una persona de convertirse en víctima de ...?(Profundizar) **Si no sale de manera espontánea, preguntar:** ¿Existe alguna diferencia entre hombres y mujeres? ¿A qué puede deberse esta diferencia? ¿Cómo así?
 - **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**
- **Consecuencias:** ¿Considera que ... tiene consecuencias sobre las víctimas? ¿Cómo así? ¿Por qué? ¿Cree que las consecuencias pueden ser diferentes para distintos tipos de víctimas? ¿De qué manera? ¿Por qué? **Si no sale de manera espontánea, preguntar:**

¿Existe alguna diferencia entre hombres y mujeres? ¿A qué puede deberse esta diferencia?
 ¿Cómo así?

- **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**

IV. Perpetuador

- **Perpetuador:** ¿Es probable que algunas personas tengan más probabilidad de efectuar actos de ...? ¿Quiénes tienen mayor probabilidad de efectuar de actos de ...? ¿Por qué? **(Profundizar) Si no sale de manera espontánea, preguntar:** ¿Existe alguna diferencia entre hombres y mujeres? ¿A qué puede deberse esta diferencia? ¿Cómo así?
- **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**

V. Penalización

- **Penalización:** ¿Considera que ... debe ser penalizado? ¿De qué manera? ¿Existe algún caso en el que no debe ser penalizado? ¿Cómo así?
- **Acá preguntar por los tipos de violencia sexual que hayan sido mencionados en la primera pregunta**

VI. Sobre acoso sexual callejero

****Realizar esta parte solo si no surgió de manera espontánea antes.**

- **Acoso sexual callejero:** ¿Considera que otro tipo de actos como silbidos, sonidos de besos o comentarios con contenidos sexuales podrían ser considerados también violencia sexual? ¿Serían algo diferente? ¿Por qué cree que se dan este tipo de sucesos? ¿Cómo creen que se sienten las víctimas de este tipo de sucesos? ¿Cree que debería ser penalizado? ¿Por qué?

Apéndice D

Ficha de datos

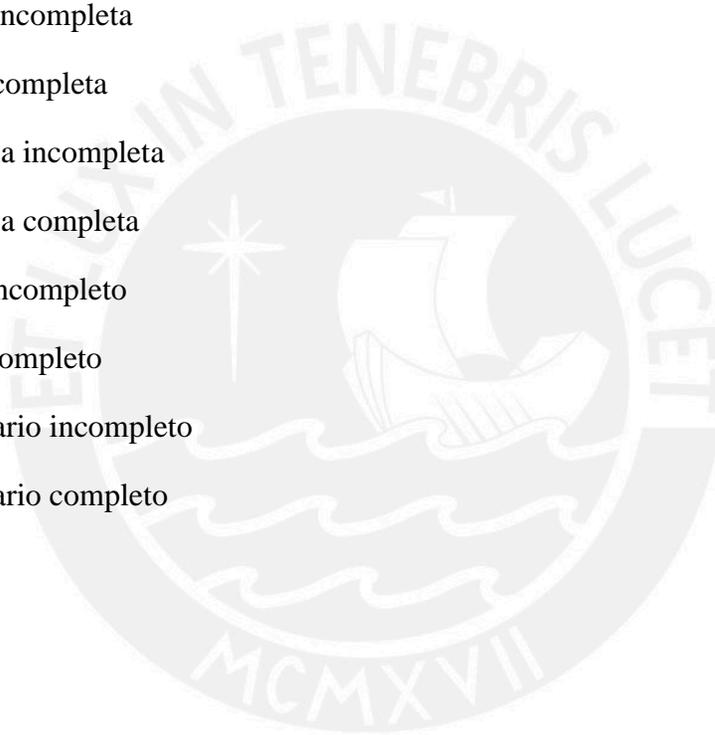
Sexo:

- Femenino
 Masculino

Edad:

Nivel educativo:

- Primaria incompleta
 Primaria completa
 Secundaria incompleta
 Secundaria completa
 Técnico incompleto
 Técnico completo
 Universitario incompleto
 Universitario completo
 Máster



Apéndice E

Consentimiento informado

Consentimiento informado

Esta es una investigación que tiene como finalidad recabar información para una tesis de licenciatura a cargo de Erika Janos. Con esa finalidad, le pido su colaboración, a través del llenado de este cuestionario de aproximadamente 20 minutos de duración. Sólo pueden participar personas con nacionalidad peruana de entre 18 y 35 años de edad.

El cuestionario busca conocer su opinión sobre algunos temas generales. En ese sentido, no existen respuestas correctas o incorrectas. Es anónimo y la información que brinde será trabajada de manera confidencial y sólo con fines académicos.

Si bien puede dejar de responder el cuestionario cuando lo desee, por favor, en la medida de lo posible, llene la totalidad del mismo, pues será de mucha ayuda.

Agradezco de antemano su colaboración y ante cualquier duda o comentario puede contactarse al siguiente correo electrónico: ejanos@pucp.pe

Finalmente, esta información será analizada de manera grupal por lo que no podemos ofrecer información individualizada de sus respuestas. Si desea tener información del proyecto, se la haré llegar gustosa cuando ésta se encuentre disponible.

Apéndice F

Escala de aceptación de mitos sobre la violencia sexual (En proceso de acuerdo a resultados cualitativos)

1. La Violencia sexual se da sólo cuando se fuerza a otra persona a tener relaciones sexuales.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

2. La violencia sexual siempre implica un contacto físico.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

3. La única forma de que un hombre se víctima de violencia sexual es estando inconsciente, ya que de otra forma podría defenderse.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

4. Una mujer tiene cierta responsabilidad de ser víctima de violencia sexual si usa ropa seductora (faldas cortas, escotes, ropa apretada), pues está provocando a los hombres.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

5. Una mujer tiene cierta responsabilidad de ser víctima de violencia sexual si está coqueteando con un hombre.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

6. Una mujer tiene cierta responsabilidad de ser víctima de violencia sexual si camina sola por lugares oscuros y peligrosos.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

7. Una mujer tiene cierta responsabilidad de ser víctima de violencia sexual si no se aleja del agresor después de una experiencia de violencia.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

8. Las víctimas de violencia sexual son personas sumisas que no saben defenderse.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

9. La razón por la que algunas personas cometen actos de violencia sexual es porque antes han sido víctimas de ello.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

10. Los hombres tienen impulsos sexuales que, bajo el efecto del alcohol, son difíciles de controlar por eso pueden agredir sexualmente a otra persona.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

11. La violencia sexual se presenta, sobretodo, en los estratos socioeconómicos bajos, ya que existe menos educación.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

12. Los hombres que son víctimas de violencia sexual suelen ser o parecer homosexuales.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

13. La violencia sexual tiene menos consecuencias psicológicas para un hombre que para una mujer.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

14. Los silbidos y piropos en la calle no son violencia sexual.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

15. Un silbido o sonido de besos son siempre halagos para la persona que los recibe.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

16. Una mujer no podría agredir sexualmente a un hombre, pues no tiene la fuerza suficiente.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

17. Una mujer no tiene necesidad de agredir sexualmente a un hombre, ya que los hombres siempre están dispuestos a tener relaciones sexuales.
 1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo

18. Una mujer solo sería capaz de realizar actos de violencia sexual si antes ha sido víctima.

1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo
19. La única consecuencia que puede existir para un hombre que ha sido víctima de violencia sexual es la pérdida de su orgullo.
1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo
20. El acoso sexual callejero solo es violencia sexual cuando hay un contacto físico (ej. Tocamientos indebidos).
1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo
21. Los insultos o comentarios sexuales pueden tener un impacto negativo en la otra persona, pero no lo suficiente como para considerarlo un acto de violencia sexual.
1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo
22. Aquellas personas que realizan actos de violencia sexual tienen enfermedades mentales.
1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo
23. Las mujeres que realizan actos de violencia sexual suelen ser lesbianas que adoptar el papel “activo” en una relación.
1. Totalmente en desacuerdo
 2. En desacuerdo
 3. De acuerdo
 4. Totalmente de acuerdo